

El Jesús que dialoga con las mujeres

ESCRITORA

Agustina Luvis-Núñez

EDITORA

Marissa Galván Valle

Acerca del escritor

AGUSTINA LUVIS-NÚÑEZ es una teóloga puertorriqueña que sirve como catedrática asociada y directora del programa doctoral del Seminario Evangélico de Puerto Rico. Es ministra ordenada de la Iglesia Defensores de la fe cristiana de Puerto Rico. Entre sus publicaciones están *Creada a su imagen: Una pastoral integral para la mujer* (Nashville TN: Abingdon Press, 2012), «La crisis, momento oportuno para afirmar las marcas de la iglesia» en *Otros caminos: propuestas para la crisis en Puerto Rico* (Ed. Ángel Rosa Vélez. San Juan, PR: Editorial Isla Negra, 2012) y «Liberación: Reflexiones teológicas sobre el abuso sexual y nuestro rol como iglesia» en *El sexo en la Iglesia* (Ed. Samuel Silva Gotay y Luis N. Rivera Pagán. Río Piedras, PR: Publicaciones Gaviota 2015).

OBJETIVOS: EBR

Estudios bíblicos reformados es un material de estudio que las iglesias y las personas pueden utilizar para:

- **Encontrarse con la Palabra** para conseguir el conocimiento y la formación necesarias para vivir vidas efectivas de fe;
- **Estudiar la Palabra** para que esta información les desafíe con una enseñanza empírica, que se dé a través de todos los sentidos que Dios da a toda persona y;
- **Ejercitar la Palabra** para que las personas conecten lo que han recibido con sus vivencias, con la cultura que les rodea y con las creencias teológicas de la tradición reformada, para que sus vidas sean transformadas en acción y testimonio.

MATERIALES

Cada encuentro de *Estudios bíblicos reformados* tiene dos archivos: Una «Hoja para el grupo» que se entrega a las personas que participan del estudio y que sirve como encuentro introductorio y de aplicación y una «Guía para líderes» que da herramientas a la persona que dirige el encuentro para interpretar y procesar la información de la hoja para el grupo y para hacer que el encuentro se transforme en acciones y vida en el caminar cristiano.

Estudios bíblicos reformados es una serie de estudios de Cultivemos fe, Corporación presbiteriana de publicaciones, Louisville, Kentucky. A menos de que se indique otra cosa, las lecturas bíblicas en esta publicación son tomadas de la Biblia *Versión Reina Valera Actualizada*, © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso. Este material educativo es ofrecido libre de costo para el uso de iglesias y de grupos que deseen profundizar en su conocimiento bíblico / teológico.

Se ha hecho todo lo posible por verificar los derechos de autor de los materiales aquí citados. Si algún material registrado ha sido incluido sin el debido permiso o reconocimiento se insertará la debida mención en futuras ediciones. © 2022 Cultivemos fe. Todos los derechos reservados.

HOJA PARA EL GRUPO

El Jesús que dialoga con las mujeres

LECTURA BÍBLICA

Juan 4,1-30; Marcos 7,24-30; Juan 11, 1-44

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.

— Juan 11,5

RECUERDE QUE...

la necesidad de recuperar el diálogo, la tolerancia y el respeto de y hacia quienes piensan diferente, no sólo es un valor en sí mismo sino una condición necesaria para poder crecer en la fe y responder efectivamente a las demandas del evangelio de Jesucristo.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Dialogar no es un ejercicio fácil, si entendemos el diálogo como algo más que «chatear», «textear», o simplemente hablar. Es mucho más que ser amable con la otra persona y mucho más que intercambiar información. Para que la conversación sea un verdadero diálogo, ambas partes tienen que hablar, escuchar, abrir la mente y estar dispuestas a persuadir, pero también a ser persuadidas. El diálogo nos da la posibilidad de utilizar uno de los mayores dones que Dios nos otorga: la razón, y permite la aparición de otro gran regalo: la tolerancia. En el diálogo franco y sereno las partes son capaces de disentir, sin perder los medios para llegar a acuerdos y encontrar soluciones.

En este encuentro analizaremos específicamente algunos de estos diálogos de Jesús con mujeres, quienes eran un sector marginado y excluido de la sociedad judía, muy raramente consideradas por los hombres como posibles interlocutoras.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Jesús y la samaritana: el diálogo derrumba todos los prejuicios Juan 4,1-30

El relato del encuentro de la mujer samaritana con Jesús junto al pozo de Sicar es uno de los textos más comentados por su riqueza, pero sobre todo por la apertura de Jesús a la diferencia, y por el impacto misionero de este diálogo/conversión. Jesús está cansado del camino y necesita descanso. Por lo tanto, lo busca junto al pozo de Jacob. De pronto llega una mujer desconocida a buscar agua. Este acto define su posición social: esta es una tarea de siervas y esclavas.

Jesús inicia el diálogo y le pide agua. Hasta aquí todo está bien, si no fuera por el detalle que el pueblo samaritano y el judío no se trataban por razones históricas. El pueblo samaritano era una población mixta de personas judías y no judías. Además del prejuicio étnico, existía el prejuicio religioso: el pueblo samaritano adoraba a Dios fuera de Jerusalén. Finalmente, ésta era una mujer, y un maestro judío no debía hablar en público con mujeres. Llamar a alguien samaritano era un insulto y Jesús había experimentado esto (Juan 8,48). Así que Jesús, a sabiendas, establece el diálogo con una persona considerada impura y excluida por su origen, por su religión y por su sexo, con alguien con quien no debía hablar según la ley de Moisés.

Jesús se presenta ante ella como alguien con necesidad, y esto hace que se desvanescan las diferencias entre él y ella. Las urgencias básicas nos unen y nos invitan a ayudarnos mutuamente, echando así por tierra nuestras barreras. La mujer se sorprende ante el acercamiento del hombre, porque

Jesús no habla con la superioridad propia de las personas judías frente a las samaritanas, ni con la arrogancia de los varones hacia las mujeres.

Este acercamiento crea un clima nuevo, más humano y real. Esto sucede al punto que, de un diálogo, en apariencia sencillo—pedir un poco de agua—se pase a uno más profundo sobre el agua de vida, sobre el don de Dios, y sobre no tener sed jamás. Como para Jesús lo que importa es la persona, él dirige el diálogo hacia la sencillez de la vida de esta mujer hasta hacerle confesar las injusticias que vive como mujer, para que de este modo ella pueda ver la pertinencia de la oferta de Jesús a su contexto vital. Jesús le pregunta por su marido, y la mujer contesta: «No tengo marido». Entonces, el sentido del diálogo se modifica porque Jesús le habla sobre sus relaciones de vida.

Recordemos que en la sociedad judía una mujer no podía divorciarse. La iniciativa siempre correspondía al varón. A la mujer de esta historia, cinco varones la habían buscado para después deshacerse de ella. Si cinco maridos la habían repudiado, cinco veces había sido acusada, desamparada y privada de una relación necesaria para la subsistencia. En ese momento otro hombre, que no es su marido, le da su protección. La redime alguien a quien no le tocaba según la Ley.

La riqueza de este diálogo consiste en que no sólo tiene repercusiones para esta mujer. Cuando ella descubre quién es el que habla con ella, aprovecha su apertura para pedirle que al igual que se ha identificado con las injusticias que afectan su vida, también mire a su pueblo que no tiene un lugar para adorar a Dios, porque los judíos intolerantes lo habían destruido en la época de los Macabeos. La oferta de agua de vida de Jesús entonces incluye una afirmación de que lo que realmente importa no es el cómo, el dónde ni el cuándo se adora a Dios, sino el tener una actitud de genuina entrega y celebración de la vida, en «espíritu y en verdad».

En su diálogo Jesús reconoce a esta mujer como persona, cosa que ni la sociedad, ni la religión hacen. Es en ese momento que ella, dejando su cántaro, va a mostrar ante la aldea que hay alguien que le ha dicho verdaderamente quién es, que la reconoce como persona y que la confronta con el significado profundo de su vida. Jesús es quien verdaderamente le da sentido y coherencia a los actos y sufrimientos que parecían dispersos en su vida. Ahora esta mujer siente que bebió del agua que brota para vida eterna. Y el texto nos dice que mucha gente se convirtió por su testimonio.

Recordar este diálogo significa volver a las raíces de la propuesta del evangelio y abrirnos como seres necesitados, que rompemos con los prejuicios y discriminaciones de clase, origen, religión, edad, sexo o cualquier otra cosa. Evocar este encuentro es recordarle al pueblo de Dios que también hay que pedir de beber a las mujeres.



¿Por qué cree que Jesús, a sabiendas, establece un diálogo con la samaritana? ¿Qué impacto tiene la decisión de Jesús en la vida de la mujer? ¿Qué impacto tiene, en la vida de Jesús, la apertura de la mujer para hablar con él?

Jesús y la sirofenicia: el diálogo corrige nuestra práctica misionera Marcos 7,24-30

Como señalamos anteriormente, en la sociedad de la Palestina del siglo I la situación de las mujeres era muy crítica. Los textos bíblicos dan testimonio del lugar al que estaban confinadas; solamente eran consideradas para la procreación y para desempeñarse en el ambiente doméstico. Ni siquiera podían intervenir en las labores del culto en el Templo. Si la mujer era extranjera, su situación era aún más difícil. Para el pensamiento israelita, las personas extranjeras eran algo detestable; sus ritos, costumbres, tradiciones y visiones del mundo eran un agravio, a veces intolerable. Esto sucedía aun cuando las tradiciones ancestrales y la Ley de Moisés recuerdan al pueblo la necesidad de ofrecer protección a las personas extranjeras. El pasaje trabaja con el contexto de las ciudades fenicias de Tiro y Sidón, sospechosas de idolatría para el pueblo judío.

Jesús cruza las fronteras y llega hasta este territorio pagano. Llega cansado, quizás hambriento, agotado de tanto hablar y atender a la gente que lo sigue. Al llegar, una mujer irrumpe en su camino para rogar por su hija, que según ella, tenía un espíritu inmundo. Esta condición la marginaba de la comunidad, porque la actitud excluyente de la tradición es tan fuerte que se torna incapaz de mostrar sensibilidad o solidaridad incluso ante un caso de enfermedad. Jesús, casi en automático, le contesta utilizando el discurso teológico aprendido desde su cultura y religión judías: «Deja primero que se sacien los hijos, porque no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos». Para todo varón judío, los extranjeros y las extranjeras no eran otra cosa que perros, idólatras, personas impuras, causantes de calamidades. Jesús, el hombre nacido en el seno del judaísmo y educado en los valores religiosos de su pueblo, pensó inicialmente que su misión estaba limitada a Israel («No vayan por los caminos de los gentiles ni entren en las ciudades de los samaritanos. Pero vayan, más bien, a las ovejas perdidas de la casa de Israel» Mateo 10,5-6). Sin embargo, esta mujer no se amilana, y sostenida por el amor inagotable que siente por su hija y guiada por su ingenio, su experiencia y su sentido común, le responde desde la teología de la vida diaria, de lo cotidiano. Ella sabe por experiencia que cuando hay voluntad de acogida, cuando lo que prima es el sentido de compasión y solidaridad, siempre se puede abrir un espacio para quien llega, y lo mucho o lo poco se multiplica para que toque a quienes se acerquen, para que nadie se quede desprovisto de lo necesario.

Esta mujer debe haber oído hablar de Jesús pues va tras él e insiste en acercársele y en hablarle. Ella tiene fe de que en la mesa de Jesús hay comida para toda persona y por lo tanto también habrá para su hija. Por eso, utilizando los mismos términos que usa su interlocutor en su argumento para no ayudarla, le da la vuelta, los subvierte y, al hacerlo, saca a la luz una interpretación de la ley más humana y justa: «Sí, Señor; también los perritos

debajo de la mesa comen de las migajas de los hijos», propone. Su palabra ingeniosa y creativa, invita a Jesús a salirse de su espacio de comodidad, a repensar su respuesta, y a reconocer que la vida personal y comunitaria pueden enriquecerse cuando se abre a las perspectivas, las voces, las miradas, las interpretaciones, y las experiencias de las personas que por no pertenecer a nuestro círculo son excluidas, silenciadas o invisibilizadas.

Con sus palabras, esta mujer extranjera deja ver que su hija necesitaba ser sanada de una enfermedad, pero que la sociedad judía también necesitaba sanidad para no excluir a las demás personas. La mujer pagana y extranjera representa un reclamo de aceptación en esa nueva comunidad que Jesús vino a crear, una comunidad inclusiva y solidaria, en donde la misericordia es más importante que la religiosidad. En este diálogo, el líder, Jesús, aprende una lección: se deja interpelar por la excluida, se abre al diálogo con ella, se sensibiliza con su realidad, pero sobre todo reconoce que, aunque no es judía, su fe es grande.

El ejemplo de Jesús debe guiarnos en el diálogo con el mundo del que somos también parte. El episodio de la mujer sirofenicia, o cananea, de nacimiento, es especialmente adecuado. Es en el encuentro con una mujer extranjera, que Jesús puede experimentar un cambio de perspectiva, hasta ese momento limitada. La insistencia de la mujer clarifica la universalidad de la misión de Jesús. Al entrar en diálogo, Jesús descubre el modo novedoso de misión al que su Padre lo envía.



¿De qué maneras debe guiarnos el diálogo de Jesús con la mujer sirofenicia al entrar a diálogos con el mundo que nos rodea como iglesia y como pueblo cristiano?

Jesús, Marta y María: el diálogo afirma el don de la amistad. Juan 11, 1-44

Jesús no vivía en soledad. Por el contrario, disfrutaba de cultivar relaciones de amistad permanente con hombres y mujeres. Un ejemplo de esto lo encontramos en la estrecha relación que lo unía a una familia no tradicional de dos hermanas y un hermano, Marta, María y Lázaro. Los evangelios ofrecen varios relatos que indican lo estrecha que era esta relación, y la apertura de Jesús a dialogar con sus amistades. En la sociedad judía las relaciones afectivas estaban muy limitadas, ya que la interpretación de las leyes judías dificultaba el contacto entre personas que pertenecían a grupos sociales diversos, entre hombres y mujeres, entre personas sanas y enfermas, etc.

A María le interesaba mucho escuchar a Jesús, aprender de él y Jesús lo permitía sin reparos. Esta práctica era algo muy nuevo, ya que a las mujeres no les era permitido estudiar, pues según la cultura judía y la grecorromana estudiar les tocaba a los varones. Sin embargo, Jesús veía las cosas de otra manera y estimó que enseñar a estas hermanas era validarlas como personas con iguales capacidades que los varones. Jesús abrió el espacio de estudiar, preguntar, discutir y aportar a las mujeres como uno en donde podían utilizar sus dones. O, dicho de otro modo, los espacios habituales y

cotidianos de las mujeres—aquellos a donde la tradición las remitía, donde se encontraban «recluidas»—fueron transformados por Jesús en espacios de estudio, de libertad, y de creatividad. En diálogo con ellas Jesús les deja saber que este espacio es bueno para ellas también, y que nadie debe quitárselos. Marta entendió perfectamente esta lección, pues más adelante en esta historia aparece como una mujer de convicciones teológicas muy profundas que dialoga con Jesús, y que hace una confesión de fe más contundente y elocuente que la de Pedro, pero que pocas veces se enfatiza: «Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo» (Juan 11,27). Jesús, el Maestro, había hecho su trabajo con la alumna Marta, y ella le correspondió siendo una discípula reflexiva y aventajada.

Jesús, además de maestro, era amigo. Amparadas en esta relación de estrecha amistad, cuando llega el dolor a esta familia por la enfermedad y muerte de Lázaro, las hermanas reclaman la presencia de su amigo Jesús. Sin embargo, Jesús no acudió de inmediato. Tal parece que Jesús estaba ocupado (Juan 11,4) y tarda dos días en llegar. Cuando Jesús llega a Betania, Marta va a su encuentro en el camino y allí él dialoga con ella de doctrinas muy profundas: sobre la resurrección, la vida eterna, la fe en Jesús y otros dogmas. Sin embargo, en Marta y María encontramos una demanda de atención a las relaciones afectivas, solidarias y de amistad que en momentos de dolor son más elocuentes que muchos discursos. En su diálogo con Jesús ambas le expresan lo necesaria que hubiera sido su presencia para ellas y para Lázaro: «Señor, si hubieras estado aquí». Mientras Jesús hace teología acerca de la vida eterna, la gloria de Dios, la resurrección, las hermanas señalan la ausencia del amigo Jesús. Cuando el dolor, la soledad, la falta de provisión que representaba la muerte de un hermano para dos mujeres solas llega, es necesario el ministerio de presencia y acompañamiento que ofrece la amistad.

Ese amigo que ellas reclaman y necesitan se hace otra vez presente cuando, ante la tumba de Lázaro, Jesús demuestra en un diálogo sin palabras, cuánto le quería. Las lágrimas de Jesús son muestra de sensibilidad, de humanidad, de valoración de los afectos. Los afectos son elementos liberadores y sanadores. El afecto y la solidaridad nos permiten colocarnos en el lugar de la otra persona. Expresar mediante el diálogo lo que sentimos y necesitamos, nos acerca y permite que las demás personas se atrevan a recuperar la humanidad y la emotividad que muchas veces nuestra sociedad ignora por atender otros asuntos



¿Como el saber que Jesús lloró nos ayuda a entender la importancia de la familia de Marta y María en la vida de Jesús? ¿Cómo su llanto informa nuestro ministerio de amistad con las personas que sufren?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

La necesidad de recuperar el diálogo, la tolerancia y el respeto de y hacia quienes piensan diferente, no sólo es un valor en sí mismo sino una condición necesaria para poder crecer en la fe y responder efectivamente a las demandas del evangelio de Jesucristo. El ministerio del Maestro modela para quienes lo siguen, el poder del diálogo.